

TRASTORNOS TEMPRANOS DE LA CONSTITUCIÓN PSÍQUICA :

ALGUNAS REFLEXIONES A PARTIR DE UN CASO CLÍNICO

LIC. BEATRIZ JANIN

La clínica, cotidianamente, nos enfrenta a esa situación tan particular que implica pensar la teoría en movimiento, armar hipótesis, cuestionarlas o no, ir reformulando a cada paso las certezas previas. Pulsiones, defensas, narcisismo, Edipo, identificaciones, todo el andamiaje teórico se pone en juego, se re-crea en cada intervención, produciendo nuevos interrogantes.

Psicoanalizar niños nos lleva a preguntarnos acerca de la constitución del psiquismo, constitución que se da en una historia signada por otros.

Deseos inconcientes, múltiples y contradictorios, anhelos preconcientes, diferentes defensas, normas superyoicas e ideales, todo se entrecruza en una historia que se va construyendo. Historia de lo vivenciado, en la que los acontecimientos se inscriben de un modo particular de acuerdo a las pulsiones, las defensas y el tipo de pensamiento predominantes.

Será imprescindible tener en cuenta que la realidad fundamental con la que se encuentra un niño es, tanto la insistencia de su propio pulsionar, como la realidad psíquica de los otros, aquello que los otros le devuelven del mundo y de él mismo, las pasiones y prohibiciones de los otros. Entonces, la verdad "material" con que se encuentra es la verdad "histórico vivencial" de los otros que irrumpe desde un adentro-afuera insoslayable.

Multiplicidad de historias, marcas del placer y el sufrimiento que abrieron diversos recorridos, constitución del yo como organización representacional inhibitoria del libre fluir pulsional, posibilidades ligadoras y traductoras, se entramarán en diferentes avatares de la estructuración psíquica.

Tal como plantea Piera Aulagnier: "De los acontecimientos que signaron ese período, sólo la madre o sus sustitutos tienen la memoria; el sujeto, por su parte, puede conservar de ellos cicatrices, heridas que padecerá no obstante ignorar en qué tiempo, en qué lugar, por qué razones ha sido herido".

Ana: movimiento o encierro - avatares libidinales de una niña de 5 años .

Consulta la madre. "Desde beba que es muy difícil de manejar. Es hiperkinética. En la escuela (va a preescolar) la ven dispersa, no dibuja la figura humana. No se concentra. Suponen que no va a poder ingresar a primer grado el próximo año. Se porta mal todo el tiempo. No sé qué hacer con ella. Nunca obedece. Yo quería consultar ya al año y después a los dos y todos me decían que era chiquita, que había que esperar, pero ahora también en el colegio tiene problemas. Me pidieron un psicodiagnóstico. Hace como si no escuchara. Le pego y me mira sin llorar. No puedo pasarme todo el día pegándole. Cuando la encierro hace un desastre. Si la encierro en el baño saca todo y abre las canillas. Si la encierro en la pieza saca la ropa del placard. Ya probé todo. Yo me vuelvo loca. A veces la mataría. Me agota. No tengo ayuda. Es tan terrible que no se la puedo dejar a nadie. Mi mamá se cansa con ella. Somos las dos solas. Estamos todo el día juntas. No doy más. Grito y le pego. No sé qué hacer".

Pregunto: "¿Y el padre?".

Madre: "No está nunca. Es un cómodo. Mejor ni hablar. ¿Usted cree que le importa algo?. El hace como si no tuviera nada que ver. Me dijo que no quería que la nena viniera, que está perfecta, pero él no va a la escuela, vuelve tarde y cuando la ve la malcría; total, después la que la banco soy yo. Si viene, le va a decir cualquier cosa. ..." "Con esta nena todo me salió mal. Yo soñaba con tener una nena. Siempre quise tener una nena. Cuando escuchaba a otras madres decir que les molestaba llevar a los chicos a la plaza, yo no las entendía. Yo pensaba que la iba a llevar con un vestidito, sentar en la arena y yo dedicarme a bordar sentada en un banco. Nada que ver. Cuando la llevé,

empezó a correr por todos lados, yo corriendo detrás de ella. No la llevé más. (Esta secuencia se repite cuando le compra plastilina y ensucia el piso, cuando le compra crayones y ensucia las paredes, etc.) Nunca puede estar quieta en un lugar. Empezó a gatear a los siete meses y a caminar a los diez meses. De ahí no he tenido descanso. Yo la metía en el corralito y ella se escapaba. Mis padres me dijeron que tenía que comprarle una jaula. Mi mamá no la soporta. Ella ya es grande y Ana es contestadora, brusca. Se mueve y se sienta como un varón, con las piernas abiertas. Dice malas palabras".

El padre está separado de un primer matrimonio, del que tiene dos hijos. Cuando ella queda embarazada, después de seis años de convivencia, él dice que no quiere tener más hijos. Ella decide seguir adelante con el embarazo. "Fue un escándalo cuando empecé a salir con un hombre casado. Pero después lo aceptaron. Me banqué muchas de él. Era muy tonta, pero nació la nena y cambié. A mí que la nena no me la toque".

Entrevista con el padre: "Para mí Ana es una nena bárbara. Yo me llevo muy bien con ella. Es el juguete de la casa. Estoy con ella los domingos, porque en la semana trabajo mucho. Salgo con ella y con mis otros hijos. La adoran. Es hermosa la relación que tienen. Más no le puedo decir. Usted sabe que los hombres, en esta situación económica, no estamos en casa. Con mi mujer no me llevo. Yo no tengo problemas y estoy muy ocupado para venir, pero si la nena lo necesita, puede venir con la madre". Le aclaro que yo no obligo a nadie a tratarse. "En realidad, Ana es una nena maltratada, y no creo que usted pueda cambiar nada. Los dos le pegamos mucho. La madre fue madre muy grande, por eso es así. No le tiene paciencia. Yo me ocupo de cosas más importantes, tengo otras preocupaciones". Plantea al final de la entrevista, que el tratamiento puede serles útil a la madre y a Ana y que él lo va a pagar.

La madre relata que el embarazo y el parto fueron excelentes. De recién nacida "no jorobaba nada". Ana se hace pís todas las noches, por lo que es permanentemente castigada, "pero igual no aprende".

Cuando Ana está en la escuela, la madre se pone tan contenta de tener tiempo libre "que no sé qué hacer ...". ¿Quién es ella sin la nena?

Comienzo trabajando en sesiones vinculares, con Ana y su mamá (a la que llamaremos M.).

Ana me saluda, de entrada, efusivamente, como si me conociera. ¿Confunde lo familiar y lo extraño?. Abre su caja de juego, saca todo, abre mis cajones y toca todo lo que encuentra. Pregunta qué es, de quién es, para qué sirve. Por momentos habla como una beba. Es atropellada, torpe en sus movimientos. M. le grita permanentemente. Le dice que se va a caer, a ensuciar, que va a romper. M. se anticipa al descontrol, promoviéndolo. "Te vas a ensuciar, vas a romper, etc." Son registrados como mandatos: "ensucia, rompé". Y Ana obedece en el aparente desafío.

Ella fluctúa entre gritarnos a ambas que le obedezcamos rápidamente, dándonos ordenes absurdas, y decir: "soy loca, soy tonta", mientras tira al suelo todo lo que encuentra.

En estas primeras sesiones mis intervenciones apuntaron a delimitar lo permitido y lo prohibido en el ámbito del consultorio (por ejemplo: puede ensuciar y romper los elementos de su caja. Intento así poner un orden, un conjunto de normas. Esto tranquiliza a M., que puede empezar a "dar tiempo", a "esperar" que Ana despliegue su creatividad.

Durante varias sesiones, Ana recorta y pega, Haciendo grandes "enchastres" con plasticola y plastilina, y modela caracoles.

Una escena se reitera: Ana se mete, en posición fetal, dentro de un cajón grande, con tapa, alza los brazos pidiendo "upa". M. la reta, diciéndole que "no es una beba", pero a partir de mis intervenciones que apuntan a "se puede jugar a ser una beba aún cuando no se lo sea", puede "recibirla" en este "nuevo nacimiento" que Ana dramatiza. Momento que marca un encuentro.

Ana comienza a hablar de sus padres como novios y me pide que los dibuje besándose. Y entre gritos y saltos relata algunas situaciones vividas con el papá (al que por momentos llama "mi novio").

El tratamiento sigue con sesiones de la madre y la hija por separado.

Destinos pulsionales y constitución narcisista

Hay una historia, la de Ana, que se va armando de un entramado de historias, pasiones y prohibiciones de los otros, universo en el que Ana está incluida.

Toda madre ejerce un poder absoluto al abrir recorridos de placer y displacer, al otorgar sentido a su llanto, movimientos, gestos, al determinar qué satisfacciones están permitidas. Ella dice lo que el niño necesita, desea, siente. Esto, que permite que el otro se humanice, también implica la posibilidad de un exceso de violencia, de una imposición a ultranza de la voluntad materna, de una imposibilidad de reconocer que ese otro es alguien diferente a ella, alguien que va plasmando sus propios deseos. Ana queda atrapada en el caos, en la indiscriminación entre placer y sufrimiento. Y hace estallar-estalla.

M. le otorga una imagen muy peculiar de sí. Hay una escena fija ... la nena sentada en la plaza, casi una foto o un cuadro ... ¿De qué historia se trata? M. relata: "Yo andaba derechita de chica. Era distinto. Los chicos no podíamos hablar en la mesa, ni reírnos. Mi papá me miraba y yo temblaba. Pero casi no me criaron mis padres. No estaban nunca. Yo no hablaba, no molestaba. No recuerdo". El movimiento de Ana rompe el espejismo, la ilusión de un reencuentro. Logros que podrían haber sido vividos como tales, como gatear y caminar, son sancionados. Moverse autónomamente es peligroso. M. la encierra y se encierra con esta hija de la que no se puede discriminar. Y queda a su vez presa de las palabras de su propia madre. ¿Para quién es la jaula? ¿Ella debe estar enjaulada? ¿Puede buscar placeres? ¿Los recuerdos son dolorosos?.

Si partimos de la idea de que los padres erogenizan, van marcando zonas de placer y displacer, transmiten deseos y prohibiciones inconcientes, podríamos decir que las condiciones que determinan trastornos ya están presentes en la vida de la humanización: la libidinización de un cuerpo, el otorgar significados, la narcisización, la imposición de normas, la transmisión de ideales.

El psiquismo de Ana se está estructurando. Y ella corta y pega, intentando discriminarse. Pero su madre vive como peligrosos los intentos de separación y a la vez no tolera juntarse. Avatares del narcisismo. M. erogeiniza, excita, pero no puede hacerse cargo del desborde pulsional desencadenado, no puede ayudar a ligar, con la ternura, el erotismo. Y deja a Ana expuesta a sus deseos, que se tornan terroríficos e incontrolables.

Al no ser ubicada por sus padres en un devenir temporal, en el que hay aprendizajes, queda sujeta a una imagen congelada de sí, en la que todo comienzo supone un "ya" que significa el ensuciar, el correr, el tocar como dificultades que la definen como niña problema. ¿Cómo otorgarle un lugar de niña que crece si ellos están estancados en una especie de pelea narcisista, en la que cada uno pelea el lugar de niño preferido?. No se pueden constituir ni tiempos ni espacios como diferenciados.

Y Ana es un juguete, la imagen del cuadro, la muñeca, o es alguien violento que genera caos, alguien que viene a destruir, a sacudir, un mundo armónico y estático.

M. se anticipa a los movimientos de Ana. Presupone el desborde antes de que ocurra y no como duda, sino como certeza. ¿De qué desborde habla? ¿Qué deseos se ponen en juego?.

Y es que los padres están a su vez sobredeterminados. Y no son sus conductas manifiestas las que provocan efectos por sí mismas, sino todo un funcionamiento psíquico, en que lo indecible se transmite al hijo mucho antes de que éste pueda traducirlo a palabras.

Ellos rechazarán en el niño aquellos placeres que su propio super-yo castiga en sí mismos. Así dice Piera Aulagnier: "Se observa que las prohibiciones maternas recubren exactamente el campo de lo propio reprimido e inducen lo reprimido del otro, como repetición de lo primero". Lo reprimido de esta madre, el placer de moverse, de tocar, de ensuciar, retorna desde la niña y es sancionado por M., asustada por la irrupción de lo inmanejable, de lo imposible de controlar. Sanción que se adelanta a un riesgo posible, al dejar coagulado como problema a un bebé que se mueve. ¿Cuál es el riesgo?. La aparición de un placer que la excede, en tanto provoca en ella una urgencia que el yo no puede contener ni tramitar. Y "enloquece".

Placer en el dominio del mundo y de sí, posibilidad de diferenciarse que se va construyendo en el intento de vencimiento del otro.

Caminar, hablar, manipular objetos, muestran los efectos de la separación y a la vez el deseo de anularla. Evidencian la constitución de la representación de sí y del otro, esbozos de representaciones preconcientes, un cierto grado de escisión ello-yo, de fractura narcisista.

Pero si el narcisismo materno borra diferencias, quiebra distancias, si se hace por él y se le prohíbe el movimiento, si se habla por él, si se lo ubica como objeto a ser tocado y mirado, el niño puede quedar sometido a la actividad materna en una posición totalmente pasiva, o puede intentar ser, demostrar que está vivo, a través del despliegue motriz.

El juego con los objetos y con el propio cuerpo consolida la creciente autonomía del niño. Pero M. no registra el juego como tal. En las sesiones fantasía y realidad se confunden. Y me encuentro con que mis intervenciones, a lo largo del tratamiento, tienden a instaurar el "como si", a abrir un espacio lúdico para aquello vivenciado como siniestro.

El análisis de Ana transcurre en medio de estallidos pasionales, situaciones de extrema violencia. Se tira encima mío, intenta mordirme, pegarme, me escupe, me pateo y cuando la sujeto para contenerla, grita desesperada: "Socorro, me matan"; llora e intenta escaparse, y vuelve a tirarse encima mío. Yo le hablo de que está muy asustada, de que quiere tocarme, estar cerca pero que el contacto se le torna terrorífico, que supone que me maltrata o la maltrato, me lastima o la lastimo, que puedo entender que sufre ... De a poco, Ana va diferenciando el espacio de la sesión del espacio de "afuera". Así, puede estar tirada en el piso, gritando, pero cuando le digo que la sesión terminó, se levanta, me saluda con un beso y sale tranquilamente del consultorio. Así, vamos evocando situaciones de mucho sufrimiento, escenas de pánico. Y Ana empieza a jugar con muñecas, tomando como "hija" una a la que había desarmado tiempo atrás.

La enuresis cede y comienza a atender en la escuela.

Ana "se hace pís". Sabemos que el control de esfínteres supone la sujeción a normas culturales y, por consiguiente, posibilidad de discriminación, de búsqueda de amor y reconocimiento y la capacidad inhibitoria de un yo que debe oponerse allí al principio del placer. Así, dice Freud en Psicología de las masas y Análisis del yo: "Sabemos que el amor pone diques al narcisismo y podríamos mostrar cómo, en virtud de ese efecto suyo, ha pasado a ser un factor de cultura".

Pero en Ana aparece un cuerpo incontrolable. Tan incontrolable como aquellos a los que se enfrenta al desconocer sus normas.

Norma materna por excelencia, el control de esfínteres exige el dominio del propio cuerpo y la renuncia a un placer por sometimiento a la voluntad maternas. Pero si la madre rechaza todo placer y autonomía y el padre excita y abandona, es difícil apropiarse del cuerpo, sujetarse a normas, inhibir deseos.

Contrapartida del fuego, la orina a la vez "quema", quedando facilitada su relación con el sadismo. Aquello que debe ser enlazado a otras zonas erógenas, a riesgo de quedar signado como medio privilegiado de descarga, como equivalente al efecto, en un hacerse pís que es la reacción corporal en la línea de la angustia como desligadura en el cuerpo, queda marcado por una relación ambigua con el autoerotismo, la excitación-fuego y el sadomasoquismo.

Antes de que el niño haya constituido un sistema internalizado de normas, antes de que haya una sanción interna a sus deseos, hay movimientos defensivos del aparato psíquico (transformación pasivo-activo, vuelta sobre sí mismo) que van a depender de la respuesta del otro, portador de la prohibición. Avatares pulsionales que irán abriendo caminos o quedarán estancados. Y Ana repite aquello que sufre. Da órdenes, se enoja, grita, es exigente, todo tiene que ser "ya".

Pero a la vez intenta rearmar una historia. Pregunta por su origen, a través del fuego. ¿Alguna vez hubo una mamá y un papá que se querían y quisieron tenerla?.

La madre habla del embarazo como momento ideal. Y necesita encerrarla nuevamente ... en el baño, o en un diagnóstico. ("¿Es débil mental, hiperkinética, inmadura?"). El movimiento de Ana la remite a sus propios deseos, a una búsqueda sexual que vive como locura. Le reprocha "las piernas abiertas". ¿De qué femineidad habla?.

Ana ha sido arrancada a un hombre. Y el sueño es reeditarse a sí misma, o una imagen de sí soñada ¿por quién?. Hay que destruir lo que irrumpe como diferente, pero fantasía y realidad,

adentro y afuera, se confunden y todo se torna incontrolable. La abuela materna sanciona: "Es insoportable, hay que encerrarla en una jaula". ¿Actúa esto como un imperativo categórico para M., en una secuencia de rechazos?

Cuando le digo a M. que Ana no es hiperkinética, ni deficiente, ni inmadura, sino que es una nena inquieta, muy inteligente, que sufre y no sabe dónde ponerse, habla, por primera vez, de los aspectos que vive como positivos en su hija.. Cuando la remito a su propio sufrimiento, a los momentos de desesperación, a todo lo que significa para ella esta hija, a su lucha por tenerla, relata situaciones de su historia, se angustia, va encontrando puntos de contacto, de similitud, de repetición, con Ana. Pregunta: "¿Como será ella cuando tenga hijos?".

¿Y el padre?. Desmiente las dificultades y la entrega a la madre. Al no darle ni darse un lugar distinto, al no ubicarla en una línea sucesoria, al no ubicarse como hombre deseante frente a la madre ni oponerse a ésta deja a la niña atrapada en el funcionamiento materno.

Pero Ana no es efecto lineal del deseo materno. Y es evidente que hay varios deseos maternos en juego, y que son contradictorios. Tampoco es consecuencia directa de la ausencia paterna. Ana presenta trastornos. Trastornos que no tienen la estructura del síntoma.

Y nos encontramos con una historia que se está haciendo. Y con multitud de personajes, vivencias, relatos, mitos ...

La ligazón entre lo vivenciado por los otros investidos libidinalmente (la historia transmitida), la posición que esos otros le otorgan al niño y las posibilidades de éste de ligar las inscripciones de acuerdo a las pulsiones, defensa y lógica predominantes, y de tramitarlas a partir de las mediatizaciones que ya fue construyendo, posibilitarán diversos avatares

BIBLIOGRAFÍA:

- Freud, Sigmund** -Proyecto de una Psicología para neurólogos. O. C. Amorrortu Editores T.1.
-Pulsiones y destinos de pulsión. A. E. vol. 14.
-El yo y el ello. A. E. vol. 19.
-Psicología de las masas y análisis del yo. A. E. vol. 18.
-Inhibición, síntoma y angustia. A. E. vol. 20.
- Aulagnier, Piera** -La violencia de la interpretación. Amorrortu Editores.
-El aprendiz de historiador y el maestro-brujo. A. E.
- Maldavsky, David** -Estructuras narcisistas. A. E.
- Janin, Beatriz** -Aportes para repensar la psicopatología de la infancia y la adolescencia. Revista Argentina de Psicología.